

CULTURA

CRÍTICA | UN CINE ARDE Y DIEZ PERSONAS ARDEN

Un incendio interior

Un joven e incandescente elenco madrileño prende la sala Nave 73 con una pieza cáustica de Pablo Gisbert

JAVIER VALLEJO | 16 SEP 2015 - 21:18 CEST

Archivado en: [Crítica teatral](#) [Programación teatral](#) [Obras teatro](#) [Dramaturgos](#) [Actores](#) [Compañías teatro](#) [Crítica](#) [Teatro](#) [Artes escénicas](#) [Cine](#)
 Espectáculos [Cultura](#)



Grupo de actores de 'Un cine arde y diez personas arden', que se representa en Nave 73.

Sorpresa. Un grupo candeal de actores recién horneado en la escuela de Nave 73, un texto incisivo inédito (con el que Pablo Gisbert cosechó el accésit del Premio Marqués de Bradomín 2011) y una dirección de Carlota Gaviño e Íñigo Rodríguez-Claro que pone en planos paralelos lo trágico y lo humorístico, los genocidios y los juegos de niños, del mismo modo que el propio autor equipara la ceguera de los pueblos ante los crímenes de sus dirigentes más abyectos con la necesidad que el amante tiene de ignorar la traición de la persona amada.

La pareja rectora contrapuntea los diálogos de *Un cine arde y diez personas arden* con alegorías (por ejemplo, de la deformidad moral, cuando los coreutas se lían las caras, como redondos de ternera listos para asar, con las gomas elásticas con las que segundos antes se enfrentaban a pelotillazo limpio) y con una partitura cinética en la que caben desde los cuadros vivientes (para recrear, con ironía, los dos vía crucis que Gisbert propone) hasta la coreografía paródica, sembrada —donde asoman la cabeza, algo ebrios, Pina Bausch y Lindsay Kemp—, con la que los actores acompañan la reproducción de los tres minutos finales de la *Obertura de Guillermo Tell*.

Gaviño y Rodríguez-Claro desentrañan admirablemente la pieza de Gisbert: la hacen suya, en el mejor sentido. Sus intérpretes, en el papel de espectadores cinematográficos, ocupan la grada del teatro, y el público, el escenario donde supuestamente se está proyectando el *Wilhelm Tell* de Heinz Paul, de modo que, ya de entrada, unos y otros se sitúan fuera de eje, como el autor, que en esta pieza observa las relaciones familiares y afectivas con desconfianza manifiesta, un bidón en la mano diestra y una cerilla en la zurda, dispuesto a hacer luz de manera expeditiva.

Formidable, la incandescencia con la que Esteban Balbi, Adela Bértolo, Carlos Hermayz, Estefanía Marín, Cristina Martín, Álvaro Molero, Javier Rojo, Axel Florencio (un Tomás Pozzi más temperado) y Laura Morán (ni un terremoto podría sacarla del lugar mental donde se coloca), actores recientísimos todos ellos, encarnan las ideas del autor, las figuras de las que se sirve para expresarlas

Uso de cookies

Utilizamos "cookies" propias y de terceros para elaborar información estadística y mostrarle publicidad personalizada a través del análisis de su navegación. Si continúa navegando acepta su uso. [Más información y política de cookies.](#)

espectadores arden no es menos cáustica ni menos certera que cualquier otra de sus mejores piezas (de hecho, hay un par de pasajes de esta que retoma en *Observen como el cansancio derrota al pensamiento*; uno de ellos, la diatriba contra los viajes de estudios y de ocio a Londres) ni que las piezas de referencia de Rodrigo García o de Angélica Liddell.

© EDICIONES EL PAÍS S.L. |

Uso de cookies

Utilizamos "cookies" propias y de terceros para elaborar información estadística y mostrarle publicidad personalizada a través del análisis de su navegación. Si continúa navegando acepta su uso. [Más información y política de cookies.](#)